

ABCD

DE LAS ARTES Y DE LAS LETRAS

¿Por qué escribir?

Resulta a la vez una suerte y un poco triste que tengan más de sesenta años quienes muestran hoy las mejores dosis de libertad en la creación de ficciones. Te encuentras autores que escriben muy bien y saben hacerlo como ellos quieren, dando una sensación de libertad y de frescura que es más rara en autores jóvenes. Hace dos semanas ocurría con Gonzalo Suárez, y citaba yo entonces a Mariano Antolín Rato y a Rabinad. Y no sabía entonces que me iba encontrar con esta novela de Ramón Buenaventura, y que iba a gozar de la misma sensación de capacidad libérrima hasta el exceso, de quien parece decir a su lector: «Ahí lo tienes, es lo mejor que sé hacer o he querido hacer, y que te lo pases bien». Será cosa de esa generación. En este mismo libro se habla de ella varias veces: son animales literarios, que todo lo fían a eso tan dispar y raro de escribir, y de seguir haciéndolo, a contracorriente incluso. Con éxito o sin él. No es extraño que aparezca citado Rimbaud, autor al que el propio Buenaventura, poeta de trayectoria antigua, ha traducido.

¿Para qué escribir?, ¿por qué publicar a estas alturas? Para qué y para quién. Creo que esta novela se ha propuesto parodiar el oficio de escritor, y jugando con el destino del creador, dándole sus vueltas, reírse un poco de todos, y de Ramón Buenaventura el primero.

Por tanto, un juego tiene que jugarse con todas sus consecuencias y no pedirle lo que ese juego quiere desmontar: el destino, la profundidad, eso que historió Paul Benichou en la Francia de Victor Hugo y que denominó «la coronación del escritor».

La creación literaria. Ramón Buenaventura podría haber escrito una buena novela sobre los contextos de la creación literaria en la sociedad de hoy, pero ha decidido escribir una «mala novela» (así la llama en la primera línea del texto) que desmonta todas las categorías, mitos, sacerdocios y puras virginidades del oficio de escribir, comenzando por la del autor mismo, por su propia trayectoria, que en realidad es el gran tema de deconstruirse a sí mismo.

¿Recuerdan Deconstructing Harry de Woody Allen? Ese famoso autor que va a recibir un homenaje en la



EL ÚLTIMO NEGRO
Ramón Buenaventura

VI premio de novela
Fernando Quiñones
Alianza. Madrid
2005. 375 pág, 17 euros

Universidad de Brown por toda su obra y (parodiando Fresas salvajes de Bergman) viaja (en un Volvo) acompañado, aquella vez (porque es W. Allen), por una prostituta negra, y repasa en tono de disparate toda su obra, como aquel otro viejo doctor de Bergman repasaba su vida. Buenaventura hace lo mismo e ignoro por qué vamos a celebrar los disparates (prostituta negra incluida) si se trata de Allen y no de este poeta-novelistas de Tánger, que se hace acompañar de varios áter ego, incluida una negra, esta vez editorial, de nombre Ihintza. Pero luego resulta que no es ella, sino Adriano Vágulo, quien le ha de escribir la vida a este Rodrigo Díez del Canchal, riquísimo sesentón, en condiciones de pagarse una biografía, que es finalmente de amor, en su vertiente sexual y en su vertiente sentimental, en la espléndida historia elegiaca de su matrimonio con Laurence, y que en la segunda parte del libro puede leerse como una novela de forma autobiográfica, con un tono diferente.

Como es una novela de máscaras, hay problemas con las identidades; Ihintza resultó al final que eran dos (o una desdoblada en su gemela) y había sido Ainara; Buenaventura es unas veces Rodrigo, otras León Aulaga, parece que es el Negro, pero

por momentos ha sido Adriano Vágulo. El juego de las máscaras tiene la mise en abîme del teatro, y es indecidible. Como se trata de máscaras aparecen personas reales, cuando la novela ha decidido finalmente ir hacia el disparate, con la vuelta de tuerca, a mi juicio poco necesaria, de Políxena.

Paroxismo del juego. Ése es quizá el único inconveniente que le encuentro: que sería más eficaz, si no hubiese dado tantos giros, entregada al paroxismo del juego. Eso tienen muchas veces los graciosos, y los del talento: que precisan de su exceso para ir donde quieren. Pero el lector no precisa de tanto, y este lector, que ha reído, reflexionado (es impagable lo bien que conoce los tres niveles de Genette y juega con ellos), este lector que celebra su tono, que aplaude lo bien que escribe, su lenguaje creativo, que reconoce guiños cultos del gran lector que Buenaventura demuestra que es, le hubiera pedido una contención en las ramificaciones del juego, no para que la novela sea buena, que lo es, sino para que lo eficaz de su juego, la risa, no se pierda en lo carnavalesco de la deriva que toma.

Claro está que esta novela es solamente para «letraheridos», que la mayor parte de sus páginas tienen claves de lector y claves biográficas generacionales, que coinciden como esa especie en peligro de extinción de quienes se han animado tanto a convertir la vida en literatura, y la literatura en toda su vida, que finalmente se entregan a decir que no ven claros los límites entre ambas, por eso quizá no se han hecho ricos, ni pueden pagarse una buena novela. O lo que es lo mismo: una generación de letraheridos no puede contestar, a estas alturas, a eso tan elemental de ¿quién eres?, ¿por qué escribes?, ¿para quién? En el centenario de Sartre no queda mal que una novela recupere, y deconstruya, esa gran pregunta del viejo ex líder.

José María Pozuelo Yvancos